

Los ángeles arcabuceros debían encontrar el odio necesario. Colque no lo hacía fácil con su mansedumbre incomprensible.

Pero el destino, sentado sobre la tapia alta que rodeaba el baldío, saltó para ayudarlos. Sus pies tocaron el suelo. Aquel débil sonido pasó inadvertido para todos, excepto para Primo. El perro veía con claridad la silueta oscura del destino que bailoteaba alrededor de la patota policial. Y empezó a ladrarle.

Eso fue todo. Un ladrido estridente y un perro que no acató la orden de callarse.

De ese modo se facilitó el enojo de los ángeles.

Perro de mierda. ¡Pasameló! Eligieron tratarlo como una pelota de fútbol. ¡Atajalo! Las botas negras sabían patear. ¡Va...!

Una pelota que aullaba de dolor. Un perro roto.

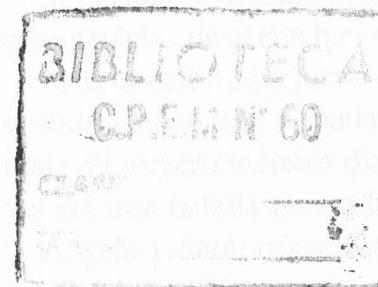
Sabino Colque, que no había defendido a su país ni a su madre, que no había suplicado por él ni por sus yuyos, alzó los ojos negros por un perro que lo acompañaba.

Sabino Colque, yuyero de Bolivia, olvidó las recomendaciones maternas. Alzó una rama gruesa, que quizás lo esperaba, y alzándola como arma caminó hacia su muerte.

Al fin, las tragedias no son patrimonio exclusivo de los reyes. Ni están reñidas con la vulgaridad.

Las tragedias suelen admitir vecinas que salen de compras con sus vaginas escondidas en el monedero. Y hombres jóvenes que se llevan de paseo a sí mismos, sosteniéndose por la corbata.

Los motivos que desencadenan las tragedias suelen pesar tanto y tan poco que las balanzas humanas no pueden registrarlos.



III

Febrero.

El carnaval de San Pedro se doraba en ollas repletas de aceite hirviendo.

Ángela caminaba junto a Sabino con un vestido blanco, tan delgada que nadie podía verla. El yuyero le había dicho que el carnaval era una batalla contra la muerte.

Ángela y Sabino andaban juntos por un campo de batalla, entre guerreros coloridos y emplumados. La gente carnavalesca llamaba a la muerte. Cuando la muerte aparecía, ellos le hacían burla y la corrían con látigos; le hacían saber que mientras estuviesen juntos, enamorados y borrachos, eran invencibles.

El carnaval de San Pedro ocupaba la calle principal y algunas laterales, angostas y oscuras. Pero la fiesta duraba mucho más tiempo que todas esas calles, porque había empezado cuando el primer carnaval del mundo aún no terminaba. Y no alcanzaba a morir, cuando renacía.

–No hay otro modo de pelear con la muerte –le dijo Sabino.

Ángela de *Lyon* tenía sed y quiso tomar igual que todos. La cerveza irrumpió en un cuerpo saqueado y avanzó rápido por la sangre. Ángela preguntaba y preguntaba, por esto, por aquello, los nombres de las cosas, el significado del Caporal y de los cascabeles alrededor de los tobillos.

–Los usan para espantar la esclavitud.

Ángela preguntaba y tenía sed. Sabino Colque tenía respuestas para todas sus preguntas. Hablaba de Tarabuco y no se cansaba de decir que aquello era lo más parecido a Bolivia que había a mano.

El carnaval se derramaba fuera del curso. El gentío apretaba, empujaba hacia el centro del baile. De Ángela se veía solamente el sudor que la cubría. El resto de la mujer era invisible. Sabino Colque la tomó de un brazo para sacarla del apretujamiento.

–En esas callecitas dura el carnaval, pero con menos gente –dijo Colque.

Más tarde, cuando el carnaval de San Pedro se acongojaba, Ángela de *Lyon* quiso aprender el paso de la danza. Y se puso a bailar frente al yuyero, con las caderas, con las manos, con los ojos azules.

Sabino Colque ya no tenía modo de detener su hombría. Al fin, Ángela de *Lyon* bailaba en las calles de San Pedro. Y el yuyero, que no quería dañarla, tampoco quería perderla. Aquella noche no tenía regreso, y mucho menos repetición. Que la virgencita de Copacabana lo ayudara, pero su hombría ya no iba a retroceder.

La sed de Ángela no se cansaba de pedir. El carnaval estaba saturado de humo de frituras y de ensueños. Entonces Colque olvidó su propia conveniencia.

Borracho, cansado de escaparle a la miseria, con Tarabuco lejos, Sabino Colque pensó que aquella mujer de otro mundo bien valía su tragedia.

Ya casi terminaba la noche. Pero el carnaval en San Pedro tenía por costumbre amanecer.

Ángela y el yuyero volvieron a la calle principal con la ropa puesta.

San Pedro no era Tarabuco. Ángela de *Lyon* no era una reina, y Sabino Colque no era un sanador de oficio.

En las ollas callejeras se freían los violentos manjares del carnaval. Y en cada una, Ángela se miraba sin miedo.

–Mañana las ollas ya no van a ser tan buenas –dijo.

–Inhale fuerte este olor y mañana lo recuerda. Así las ollas no le quitan el apetito ni el color que ahora tiene.

–Pero mañana no voy a estar acá.

–Yo creo –dijo Colque– que es esa la diferencia entre la gente y los guerreros.

Después, Ángela y Sabino volvieron a besarse con las bocas picantes.

Hacía tiempo que Graciela había notado que esa historia con el yuyero venía mal. Desde la navidad, con el famoso asunto del vómito. ¡Si ella había visto con sus propios ojos que Sabino le estaba tocando la frente!, y mucha carita, y mucha pregunta sobre Bolivia. Graciela ya le había advertido a Ángela que no le diera tanta confianza al boliviano. Y ahora, lo que mal empieza mal acaba, Ángela llamaba temprano para avisar que no iba a trabajar, porque estaba enferma. Justo un lunes.

–Perdoname, Graciela. Pero no puedo levantarme de la cama.

La voz de Ángela sonaba débil. La respuesta de Graciela se demoró, y ese instante de silencio fue su modo de castigar a la mocosa.

–Está bien, yo me arreglo. Pero ¿qué te pasa?

–No, después te cuento.

Entonces no era una insolación ni dolores menstruales. Había algo que contar. Y Graciela quería escucharlo.

–A lo mejor me hago una disparadita hasta tu casa al mediodía. Cierro y me voy. Total, viste, como es febrero..., muerto.

Ese mediodía de lunes, cuando Sabino Colque llegó a la plaza para almorzar en el banco de siempre, a la sombra, el corazón le pateó fuerte. *Lyon* estaba cerrado, y qué sería de Ángela, por qué no estaba allí, y adónde se la había llevado la delgadez. Sabino no era sanador, pero podía rogar a los muertos.

–Si los tíos la ayudan yo estaré agradecido con ellos, porque no estuvo en mí hacerle daño. Ni la llevé ayer

al carnaval para acrecentarle su dolencia. Pido a los tíos Colque por Ángela de *Lyon*, pido por su salud.

El yuyero recordó, casi con alegría, que esa tarde llegaría Mijaíl a sentarse en el respaldo del banco. Mijaíl sabría si eran vacaciones del propio negocio a causa del verano, o alguna otra cosa. Además, Graciela tampoco estaba, así que no había que aventurar malos pensamientos.

Le quedaba una empanada en la bolsa de papel. Terminaba su almuerzo, y seguía con la venta de yuyos.

–¿Estás sola? –preguntó Mijaíl.

–¿Y qué le voy a hacer? Ángela no vino a trabajar.

–¿Qué le pasa?

–Está enferma. ¡Cómo será que, en vez de almorzar, fui a visitarla!

Mijaíl se alivió sin hacerlo evidente.

Había pasado por la plaza alrededor del mediodía. Vio de lejos al boliviano, almorzando en el banco de siempre. Y como no tenía ganas de verle la cara, se quedó conversando con unos artesanos. Recién cuando Sabino se fue, pudo acercarse a *Lyon*. ¡Raro!, no encontró a nadie. El negocio estaba cerrado. Ahora Mijaíl quería ver si Graciela se lo contaba, ino fuera que la mujercita mantuviera sus mañas de zorra!

Graciela, por su parte, luchaba entre decir y no decir. Había prometido que su boca sería una tumba, pero al novio no se le ocultan cosas. Claro, Ángela hacía de las suyas y ella iba a terminar cargando con las consecuencias, peleando con Mijaíl, pagando el pato.

-No sabés -empezó-. Yo conozco la causa de esa enfermedad. A mí me contó todo -los ojos de Graciela bailoteaban.

-Mirá vos -el comentario de Mijaíl sonó desvaído, señal de que el asunto no le interesaba.

Pero Graciela tenía información para sorprenderlo.

-Ayer estuvo en el carnaval boliviano.

-¿Quién?

-¡Ángela! Ayer estuvo en el carnaval con Sabino.

Mijaíl perdió la compostura, se rascó entre las piernas, balbuceó cosas incomprensibles. Y quiso escuchar la historia varias veces, con detalles y de principio a fin.

Graciela repitió que Ángela había llamado esa mañana, bien temprano, para avisar que no podía ir porque se sentía enferma.

-Tenía voz de moribunda. ¿No te conté que, al mediodía, cerré un rato el negocio para ir a verla? Total, fui y vine en un rato. A esa hora, en febrero, no se vende nada.

La visita de Graciela sirvió para mostrarle a Ángela cuánto se preocupaban todos por ella. La querían y la perdonaban a pesar de que los estaba decepcionando.

-¿Y ahora qué hiciste, nena?

La pregunta y su epíteto regresaron a Ángela al movimiento infantil: contarle todo, y pedir perdón. Porque las cosas volvían a su sitio cada vez que alguien la disciplinaba.

Ángela le contó a Graciela. Y Graciela, por obligación de amante fiel, se lo contó a Mijaíl.

-¡Así que el yuyero se la volteó en el carnaval...! Angelita en pedo, y medio desnuda ¿Te la imaginás?

Emociones encontradas sacudían la conciencia del vendedor de harinilla.

-Bueno, ella no me dijo que se la volteó. Parece que algo tuvieron, sí. ¿Quién sabe? Yo no le dije gran cosa. Le pedí que no se hiciera problema, que todos la perdonábamos. ¿Qué otra cosa iba a decirle? La verdad es que tiene una cara que da miedo. Ahora, apenas entrás a esa casa te das cuenta de todo. El padre es un borrachín. Y al hermanito se le nota enseguida la vagancia. Al final, no sé si Ángela es una mocosa maleducada que busca a toda costa llamar la atención. O si está medio loca.

La lengua crece como enredadera. Echa vástagos y así se expande. Porque una lengua inicia en el tronco de una garganta, pero nadie sabe adónde llegan sus últimos tentáculos.

En las carnosidades de la lengua y por su néctar prosperan las tragedias. Basta que caiga una semilla en la lengua adecuada para que pronto haya un bosque.

Los charlatanes han sido precursores de guerras fratricidas, de crímenes de pasión y de venganzas. Hay más lenguas que manos manchadas de sangre.

Cuando las lenguas dicen que alguien va a morir, alguien muere.

Mijaíl escuchó varias veces la misma historia, y lo hizo porque lo aguardaba una decisión.

Sabía de sobra que disfrutar las comodidades de la decencia barrial, merecer un sitio en la estantería de la clase media, lo obligaba a congraciarse con los que, hasta el día anterior, habían sido sus enemigos.

Además, las cosas en su lugar... ¿O él iba a andar creyendo las mismas boludeces que su padre? Hay cosas que no deben mezclarse, Sabino y Ángela, por ejemplo.

Para eso, era necesario cometer traición contra el hombre que cada atardecer se sentaba a su lado. Y que lo escuchaba sin interrumpirlo. La vida, que siempre lo había castigado, le daba una oportunidad que no podía ni quería desaprovechar. Era ese día o nunca. Mijaíl interrumpió los comentarios de Graciela sobre la salud mental de Ángela.

-Hay que contárselo a Renzo -decidió.

-No sé... Yo le prometí a Ángela que iba a ser una tumba.

-Las tumbas, para los muertos.

-No sé -Graciela no terminaba de convencerse-. ¿Y Sabino?

-¿Qué pasa con Sabino? El yuyero se desubicó con lo de la piba. Te puedo asegurar que yo le tengo más paciencia que nadie y que le aguanto las ínfulas de brujo. Más te digo... Nunca le dije que se volviera a su país de patas sucias. Pero con el asunto de Ángela se fue al carajo.

Mijaíl estaba gestionando su pase a un mundo que, hasta entonces, le había sido ajeno y hostil.

Recordó entonces la invitación que Graciela le había hecho un tiempo atrás. Solo que, ahora, ya había elegido.

-¿Seguís pensando que querés conocer a Marina? Mirá que se va a poner a contar todo el asunto de los zancos y del Gran Ladrón...

-Me encanta -dijo Graciela.

Para la vendedora deseosa de marido, era un buen trato.

-Encima, mirá si será caprichosa- siguió Graciela-, me dijo que no iba a avisarle a Renzo porque no tenía fuerzas

para contestar preguntas. Así que este pobre chico va a venir a buscarla al divino botón... Yo, la verdad, no tengo forma de avisarle.

-Yo tampoco -Mijaíl no les pedía datos a sus compradores.

La oportunidad se completaba.

-Mejor así. Esta noche, cuando venga Renzo, cerrás el negocio y se van juntos al café. Hoy no paso por la plaza. No tengo ganas de ver al yuyero.

-¿Vas a contarle a Renzo?

-Vamos a contarle, Graciela.

No hablaron en *Lyon* sino en un bar, porque en la plaza, sentado en el banco de siempre, estaba Sabino Colque.

El yuyero le preguntaba a su perro por qué Ángela no había ido al trabajo, por qué Graciela bajaba las persianas y se iba con Renzo, y por qué no había aparecido Mijaíl.

En el café, Renzo escuchó lo que Graciela y Mijaíl tenían para contarle. Su expresión, habitualmente fresca, parecía corroída por la rabia.

-Y yo, como un infeliz, vine a buscarla.

-Disculpá, Renzo, no teníamos cómo avisarte -aclaró Graciela.

-Mi mamá tenía razón... Ángela es un aborto, una princesa por fuera, y una negrita por dentro. Pero ya me cansó.

-Tampoco hay que tomarlo tan a pecho -habló Graciela con el resto de corazón que le quedaba-. Según ella no pasaron a mayores. Solamente fue al carnaval.

-Está bien, Graciela. Yo me ocupo.

-¿Vas a ir a verla?

Renzo no respondió esa pregunta.

-Lo único que voy a pedirte es que, cuando Ángela vuelva a trabajar, no la dejes cruzar a la plaza. ¿Puedo dejar eso en tus manos?

-Con los ojos cerrados.

Imaginar que un boliviano había manoseado a Ángela lo hacía sentir sucio, poca cosa. Y para recuperar la cima no alcanzaba con despreciarla, con abandonarla. Supo lo que debía hacer, y lo hizo rápido.

Llegó a la seccional de policía correspondiente con la recomendación de un comisario amigo de su familia.

-Tome asiento y cuénteme qué lo trae.

-El boliviano que vende yuyos, el que se llama Sabino, ¿lo ubica?

-Cómo no.

-Está dando problemas. Molesta a las dos empleadas del negocio de ropa que está enfrente, ¿lo ubica?

-Cómo no. Y usted, ¿qué quiere con este Sabino?

-Le repito que no es por mí, sino por la gente de la zona.

-Pero usted, ¿qué quiere?

-Que alguien le enseñe que en este país hay leyes.

-Muy bien. Entonces levantamos una denuncia.

-Ya le digo que no es por mí sino porque conozco a las empleadas de Lyon.

-¿Y por qué no vienen ellas mismas?

-Porque le tienen miedo.

-¿Y entonces?

-Algo más rápido, si pudiera ser.

-Vamos a ver... Este Sabino debe ser ilegal.

-Como toda esa gente.

-Ahí, por ejemplo, tenemos una linda causa para ir a verlo.

Después del domingo de carnaval, Sabino Colque siguió cumpliendo con su rutina. Sin embargo, nada se parecía a lo conocido. Todo estaba trastocado. Lunes, martes y miércoles en los que Mijaíl no apareció por la plaza. Y Ángela de Lyon no llegó a trabajar.

En las cercanías de una tragedia la cáscara de la rutina se resquebraja. A punto de nacer el pichón fatídico.

El jueves Ángela volvió a Lyon. Traía puesta una pollera tableada y antigua.

-¿De dónde la sacaste? -preguntó Graciela.

-Me la regaló mi mamá cuando cumplí los trece, y la tenía guardada.

Graciela pensó que con esa facha de loca no vendería nada.

-Sería bueno que te ocuparas de ver qué nos queda de la temporada otoño -invierno. Ya tenemos marzo encima.

A Graciela no le costó demasiado trabajo mantener a Ángela encerrada.

La primera vez que intentó salir, apeló a su máscara de amiga.

-Esperá, nena, que tengo algo para contarte. ¡No sabés! La mamá de Mijaíl va a venir al departamento a tomar el té. ¡Quién me ha visto y quién me ve! ¡Yo con novio y suegra!

La segunda vez, Graciela usó su máscara de madre.

-¿Te parece salir ahora? Con este solazo. Te va a hacer mal, Angelita. Esperá que afloje el calor.

Finalmente, tuvo que disciplinarla.

-No te enojés. Pero hace tres días que faltás, y el trabajo se va atrasando. Después el sueldo lo vas a cobrar íntegro, porque yo no le voy a decir a la dueña que faltaste. Pero no doy para todo, Ángela querida. No doy para todo.

Así fue como Ángela y Sabino no se encontraron durante todo el jueves, aunque apenas los separaba una calle angosta y poco transitada.

Así fue como Ángela de Lyon y Sabino de Tarabuco no volvieron a encontrarse nunca más.

-¿Tu novio tan temprano? -estimulada por la traición de la que era parte, Graciela aparentó asombro.

-Parece.

Ángela tenía las manos sucias de revisar cajas con ropa de otoño. Apenas Renzo cruzó la puerta, con su camisa fresca y costosa, Graciela le indicó con la mirada que todo estaba en orden, que la mocosa no había cruzado a la plaza, y que viera la ropa ridícula que se había puesto.

Renzo se sonrió por la pollera tableada, recortada de un libro de lectura escolar.

-Viniste antes -murmuró Ángela. Y ofreció unas revistas que no había.

-Hoy no tenés curso de diseño -dijo Renzo.

-No.

-Entonces te llevo a tu casa.

En el auto Ángela intentó hablar con naturalidad y Renzo le respondió del mismo modo. Se habría sentido mucho mejor si se hubiera enojado con ella por haber faltado al trabajo, por andar desaliñada, por vomitar. Para aliviarse, Ángela se ofreció a sí misma.

-Vamos a un hotel.

-Estoy apurado.

Cuando Ángela empezó a cantar bajito, Renzo encendió la radio. Llegaron demasiado pronto.

-¿No vas a bajarte? Te preparo algo de comer -volvió a ofrecer la culpable.

-Te dije que no tengo tiempo.

El auto arrancó como sabía hacerlo para dar cuenta de la importancia de su amo. Pero antes de alejarse, chilló y retrocedió. Ángela, que ya abría la puerta de calle, alcanzó a sonreír pensando que Renzo había cambiado de opinión y se quedaba un rato con ella. Improvisó morisquetas de infinita ternura para demostrar su alegría.

Renzo se asomó por la ventanilla del acompañante.

-¿De dónde sacaste esa pollera? ¿Qué carajo te pasa, loca de mierda?

Los pequeños traidores pasaron esa noche con los ojos abiertos.

-Seguro que el yuyero va a cambiar de plaza -dijo Graciela.

-En una de esas se vuelve a Bolivia -Mijaíl ya no podía retroceder-. ¿Quién te dice? Por ahí sale ganando.

El sueño no iba a darles amparo. Había que encontrar un modo de pasar el insomnio.